

—¿Dijiste «cerdito» o «cardito»? —preguntó el Gato.

—Dije «cerdito» —contestó Alicia—. ¡Y me gustaría que te dejes de andar apareciendo y desapareciendo tan de golpe! ¡Eso me marea!

—Bueno. De acuerdo —dijo el Gato.

Y esta vez desapareció despacito, con mucha suavidad, empujando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un rato allí, cuando el resto del Gato ya había desaparecido.

—¡Vaya! —se dijo Alicia—. He visto muchísimas veces un gato sin sonrisa, ¡pero una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más rara que he visto en toda mi vida!

No tuvo que caminar demasiado para llegar a la casa de la Liebre de Marzo. Pensó que debía ser forzosamente aquella casa, porque las chimeneas tenían forma de orejas y el techo estaba revestido de piel. Ésa era una casa tan grande que no se atrevió a acercarse sin dar antes un mordisquito al pedazo de hongo que llevaba en su mano izquierda, con lo que creció hasta alcanzar unos sesenta centímetros de estatura. Aun así, avanzó hacia la casa con cierta timidez, mientras se decía:

—¡Y si estuviera loca de verdad? ¡Casi preferiría haber ido a ver al Sombrerero!



Una merienda de locos

La mesa estaba puesta bajo un árbol, frente a la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té. Entre los dos había un Lirón, que estaba sentado y dormía profundamente. Los otros dos lo hacían servir de almohada, apoyando los codos sobre él, y hablando por encima de su cabeza. «Muy incómodo para el Lirón», pensó Alicia, «claro que, como está dormido, seguramente no se da cuenta.»

La mesa era muy grande, pero los tres se apiñaban muy juntos en una de las esquinas.

—¡No hay lugar! —comenzaron a gritar, cuando vieron que se acercaba Alicia.

—¡Hay un montón de lugar! —protestó Alicia, muy enojada, y se sentó en un gran sillón, en un extremo de la mesa.

—Por favor, sírvete un poco de vino —la convidó la Liebre de Marzo.

Alicia miró por toda la mesa, pero allí sólo había té.

—No veo vino —observó.

—Por supuesto. No hay —respondió la Liebre de Marzo.

—Pues en ese caso, no es muy correcto de su parte andar ofreciéndolo —dijo Alicia, enfadada.

—Tampoco es muy correcto de parte tuya venir a sentarte con nosotros sin haber sido invitada —dijo la Liebre de Marzo.

—No sabía que la mesa era de ustedes —dijo Alicia—. Está servida para mucho más de tres personas.

—Creo que necesitas un buen corte de pelo —dijo el Sombrero.

Había estado observando a Alicia con mucha curiosidad, y éstas eran sus primeras palabras.

—Usted debería aprender a no hacer comentarios personales —replicó Alicia con severidad—. Es de muy mala educación.

Cuando oyó esto, el Sombrero abrió unos ojos grandes como naranjas, pero lo único que dijo fue:

—¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

«¡Bueno, parece que nos vamos a empezar a divertir!», pensó Alicia. «Me encanta que hayan decidido jugar a las adivinanzas.» Y añadió en voz alta:

—Creo que sé la solución.

—¿Quieres decir que crees que puedes encontrar la solución? —preguntó la Liebre de Marzo.

—Exactamente —contestó Alicia.

—Entonces, debes decir lo que piensas —siguió la Liebre de Marzo.

—Lo estoy haciendo —se apuró a contestar Alicia—. O al menos... al menos pienso lo que digo... Vendría a ser lo mismo, ¿no? —¿Lo mismo? ¡De ningún modo! —dijo el Sombrero—. ¡En ese caso, sería lo mismo decir «veo lo que como» que «como lo que veo»!

—¡Con esa forma de razonar, daría lo mismo decir «me gusta lo que tengo» que «tengo lo que me gusta»! —añadió la Liebre de Marzo.

—¡Y sería lo mismo —agregó el Lirón, que parecía hablar en medio de sus sueños— «respiro cuando duermo» que «duermo cuando respiro»!

—Es lo mismo en tu caso —dijo el Sombrero.

La conversación se interrumpió en este punto y el pequeño grupo se mantuvo en silencio unos instantes. Alicia, mientras tanto, procuraba recordar todo lo que sabía de cuervos y de escritos, que no era demasiado.

El Sombrero fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué día del mes es hoy? —preguntó, dirigiéndose a Alicia. Había sacado el reloj de su bolsillo y lo miraba con ansiedad, dándole a cada rato unas violentas sacudidas. Se lo llevaba una y otra vez al oído.

Alicia reflexionó unos instantes.

—Es día cuatro —dijo por fin.

—¡Dos días de retraso! —suspiró el Sombrero, y dirigiéndose con amargura a la Liebre de Marzo, añadió: —¡Ya te dije que la manteca no le haría bien al mecanismo!

—Sin embargo, era manteca de la mejor —replicó la Liebre, muy compungida.

—Sí, pero tendría también algunas migas —gruñó el Sombrero—. No debiste haber utilizado el cuchillo del pan para ponerla.

La Liebre de Marzo levantó el reloj y lo miró con aire melancólico; después lo sumergió en su taza de té y lo miró de nuevo. Pero no se le ocurrió nada mejor que repetir su primera observación:

—Era manteca de la mejor, ¿sabes?

Alicia había estado mirando por encima del hombro de la Liebre con bastante curiosidad.

—¡Qué reloj más raro! —exclamó—. ¡Señala el día del mes y no dice la hora!

—¿Y por qué habría de hacerlo? —rezongó el Sombrero—. ¡Acaso tu reloj señala el año en que estamos?

—Claro que no —reconoció Alicia de inmediato—, pero eso es porque un mismo año dura mucho tiempo.

—Ése es precisamente el caso de mi reloj —dijo el Sombrero. Alicia quedó completamente desconcertada. Las palabras del

Sombrero le habían parecido totalmente insensatas. No tenían ningún sentido, aunque los dos hablaban en el mismo idioma.

—No comprendo del todo —dijo, tratando de sonar amable.

—El Lirón se ha vuelto a dormir —comentó el Sombrero. Le arrojó un poco de té caliente en el hocico.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos:

—Claro que sí, claro que sí. Es justamente lo que yo iba a decir.

—¿Ya encontraste la solución a la adivinanza? —preguntó el Sombrero, dirigiéndose de nuevo a Alicia.

—No. Me rindo. ¿Cuál es la solución?

—No tengo la menor idea —dijo el Sombrero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Irritada, Alicia suspiró.

—Me parece que ustedes podrían encontrar un mejor modo de matar el tiempo —dijo— que andar proponiendo adivinanzas sin solución.

—Si conocieras al Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrero—, no hablarías de matarlo. ¡El Tiempo es todo un personaje! No es una cosa. Él es de él, no es de nadie.

—No sé lo que quiere decir —protestó Alicia.

—¡Por supuesto que no lo sabes! —dijo el Sombrero, frunciendo la nariz en un gesto de desprecio—. ¡Juraría que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo!

—Creo que no —respondió Alicia con cautela—, pero en la clase de música me hacen marcar el tiempo golpeando con las palmas de la mano.

—¡Ah, eso lo explica todo! —dijo el Sombrero—. El Tiempo no tolera que le den palmadas. En cambio, si estuvieras en buenas relaciones con él, haría todo lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, imagina que son las nueve de la mañana, justo la hora

de empezar las clases; no tendrías más que susurrarle al Tiempo tu deseo y el Tiempo al instante haría girar las agujas de tu reloj. ¡La una y media! ¡Hora de comer!

(«¡Me gustaría que lo fuera ahora!» se dijo la Liebre de Marzo para sí en un susurro.)

—Desde luego, sería grandioso —admitió Alicia, pensativa—, pero entonces todavía no tendría hambre, ¿no le parece?

—Acaso no tendrías hambre al principio —respondió el Sombrero—. Sin embargo, podrías hacer que el Tiempo se quedara en la una y media todo el tiempo que tú quisieras.

—¿Esto es lo que ustedes hacen con el Tiempo? —preguntó Alicia.

El Sombrero movió la cabeza con pesar.

—¡Yo no! —contestó—. Es que yo me enojé con el Tiempo. Tuvimos un disgusto y nos peleamos el pasado marzo, justo antes de que ésta se volviera loca, ¿sabes? (Y señaló con la cucharita hacia la Liebre de Marzo.)

—¡Ah, sí? —preguntó Alicia, interesada.

—Sí. Fue en el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones, y yo tenía que cantar.

—¿Y qué cantaste? —preguntó Alicia.

—Canté esto:

Titila, titila, murciélago alado,

¿En que estás tan ocupado?

—Seguro que conoces esa canción —agregó.

—Sí, me suena, pero no estoy segura —dijo Alicia.

—Tiene algunas estrofas más —siguió el Sombrero—. Por ejemplo:

*Sobre el mundo vas volando
y una bandeja de té vas llevando.
Tiñila, tiñila...*

El Lirón tembló de emoción cuando llegaron a esa parte y empezó a cantar en sueños: «*Tiñila, tiñila, tiñila...*», y así se quedó tanto rato que tuvieron que darle un buen pellizco para que se callara.

—Bueno —continuó el Sombrerero—, lo cierto es que apenas había terminado yo la primera estrofa, cuando la Reina se puso a gritar: «¡Qué forma estúpida de matar el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!»

—¡Qué barbaridad! ¡Esa Reina es una salvaje! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —añadió el Sombrerero con una voz tris—, el Tiempo cree que quise matarlo y no desea hacer nada de lo que le pido. Ahora son siempre las seis de la tarde.

De repente Alicia comprendió todo lo que ocurría allí.

—¿Y por esa razón es que hay tantos servicios de té encima de la mesa? —preguntó.

—Sí, ésa es la causa —suspiró el Sombrerero—. Para nosotros siempre es la hora del té, y no tenemos tiempo de lavar la vajilla entre té y té.

—¿Y lo que hacen es ir dando la vuelta alrededor de la mesa, verdad? —preguntó Alicia.

—Exactamente —admitió el Sombrerero—, damos la vuelta a medida que vamos ensuciando las tazas.

—Pero ¿qué pasa cuando llegan de nuevo al principio de la mesa? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —los interrumpió la Liebre de Marzo con un bostezo—. Estoy harta de todo este asunto. Propongo que esta señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —se apresuró a decir Alicia, muy alarmada ante esta propuesta.

—¡Pues que lo haga el Lirón! —exclamaron el Sombrerero y la Liebre de Marzo—. ¡Despierta, Lirón!

Y lo pellizaron uno de cada lado.

El Lirón abrió lentamente los ojos.

—No estaba dormido —aseguró con voz ronca y débil—. He estado escuchando sin perderme ni una sola palabra todo lo que decían, amigos.

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —imploró Alicia.

—Y rápido —añadió el Sombrerero—. Si no, vas a dormirte otra vez antes de terminar.

—Había una vez tres pequeñas hermanas —empezó apresuradamente el Lirón—, y se llamaban Elsie, Lacie y Tillie, y vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y qué comían? —preguntó Alicia, que siempre se interesaba mucho por todo lo que fuera comer y beber.

—Se alimentaban de melaza —contestó el Lirón, después de reflexionar unos segundos.

—Usted sabe que no pueden haberse alimentado solamente de melaza —observó Alicia con amabilidad—. Se habrían enfermado.

—Y así fue —dijo el Lirón—. Se enfermaron muchísimo.

Alicia hizo un esfuerzo por imaginar lo que sería vivir de una forma tan extraordinaria, pero no lo veía ni un poquito claro, de modo que siguió preguntando:

—Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poco más de té —ofreció, solícita, la Liebre de Marzo.

—No he tomado nada hasta ahora —protestó Alicia en tono ofendido—, de modo que es imposible que tome más.

—Querrás decir que es imposible que tomes menos —puntualizó el Sombrerero—. Es mucho más fácil tomar más que nada.

—Nadie le pidió su opinión —dijo Alicia.

—¿Quién está haciendo ahora observaciones personales? —preguntó el Sombrerero triunfalmente.

Alicia no supo qué contestar a esto, de modo que optó por servirle un poco de té y pan con manteca. Después se dirigió al Lirón y le repitió la misma pregunta:

—¿Por qué las tres hermanitas vivían en el fondo de un pozo? El Lirón se puso a pensar de nuevo durante uno o dos minutos y entonces, dijo:

—Era un pozo de melaza.

—¿Pero si eso no existe!

Alicia había hablado con energía, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo la hicieron callar con sus «¡Chist! ¡Chist!», mientras el Lirón rezongaba, muy enojado:

—Si no conoces el modo de comportarte con educación, es mejor que termines tú el cuento.

—No, no. Por favor, ¡continúe! —dijo Alicia en tono humilde—. No volveré a interrumpirlo. Puede ser que, en efecto, exista uno de estos pozos de los que habla.

—¡Claro que existe uno! —exclamó el Lirón, indignado. Pero, sin embargo, estuvo dispuesto a seguir con el cuento. —Así pues, nuestras tres hermanitas... estaban aprendiendo a dibujar, sacando....

—¿Y qué sacaban? —preguntó Alicia, que ya había olvidado su promesa.

—Melaza —contestó el Lirón, sin tomarse esta vez tiempo para reflexionar.

—Yo quiero una taza limpia —los interrumpió el Sombrerero—. Corrámonos todos un lugar.

Mientras hablaba, se cambió de lugar. Y el Lirón lo siguió: la Liebre de Marzo pasó a ocupar el sitio del Lirón, y Alicia ocupó a regañadientes el asiento de la Liebre de Marzo. El Sombrerero era el único que salía ganando con el cambio. Por su parte, Alicia es-

taba bastante peor que antes, porque la Liebre de Marzo acababa de derramar la leche dentro de su plato.

Alicia no quería ofender otra vez al Lirón, de modo que empezó a hablar con mucha prudencia:

—Pero es que no lo entiendo. ¿De dónde sacaban la melaza?

—Uno puede extraer agua de un pozo de agua —dijo el Sombrerero—, ¿por qué no podría sacar melaza de un pozo de melaza? ¡No seas estúpida!

—Usted dijo que ellas estaban dentro, bien adentro —le dijo Alicia al Lirón, no queriéndose dar por enterada de las últimas palabras del Sombrerero.

—Claro que lo estaban —dijo el Lirón—. Estaban de lo más requetebién.

La respuesta la confundió tanto, al ver que el Lirón había entendido algo distinto de lo que ella quería decir, que no volvió a interrumpirlo durante un ratito.

—Estas tres hermanitas estaban aprendiendo, pues, a dibujar —siguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, porque le estaba entrando un sueño terrible—, y dibujaban todo tipo de cosas... todo lo que empieza con la letra M...

—¿Por qué con la M? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —preguntó la Liebre de Marzo.

Alicia guardó silencio.

Para entonces, el Lirón había cerrado los ojos y empezaba a cabecear. Pero, con los pelliczos del Sombrerero, se despertó de nuevo, soltó un gritito y siguió la narración:

—... lo que empieza con la letra M, como matamoscas, mundo, memoria y mucho... muy; en fin, todas esas cosas. Mucho, digo, porque ya sabes, como cuando se dice «un mucho más que un menos». ¿Vieron alguna vez el dibujo de un «mucho»?

—En verdad, ahora que usted me lo pregunta —dijo Alicia, que se sentía terriblemente confusa—, debo reconocer que yo no pienso...

—¡Entonces, si no piensas, no deberías hablar! —la interrumpió el Sombrerero.

Esta última muestra de grosería era más de lo que Alicia podía soportar: se levantó muy enojada y se alejó de allí. El Lirón cayó dormido en el acto, y ninguno de los otros pareció haber advertido su marcha, aunque Alicia miró una o dos veces hacia atrás, casi esperando que la llamaran. La última vez que los vio estaban intentando meter al Lirón dentro de la tetera.

—¡De todos modos, por nada del mundo volveré a poner los pies en ese lugar! —se dijo Alicia, mientras se internaba en el bosque—. ¡Es la merienda más estúpida que vi en toda mi vida!

Mientras decía estas palabras, descubrió que uno de los árboles tenía una puerta en el tronco.

«¡Qué extraño es todo esto!», pensó. «Pero todo es extraño hoy. Creo que lo mejor será que entre en seguida».

E ingresó en el árbol.

Una vez más se encontró en el medio de un gran vestíbulo, muy cerca de la mesita de cristal que ya conocía. «Esta vez voy a hacer las cosas mucho mejor», se dijo a sí misma. Y empezó por tomar la pequeña llave de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Después se puso a mordisquear cuidadosamente el hongo (se había guardado un pedazo en el bolsillo), hasta que midió poco más de treinta centímetros. A continuación, entró por el angosto pasillo. Y entonces... entonces, estuvo por fin en el maravilloso jardín multicolor, entre las flores resplandecientes y las frescas fuentes.



El croquet de la Reina

Eerca de la entrada del jardín se levantaba un gran rosal: las rosas eran blancas, pero tres jardineros trabajaban en pintarlas de rojo. Le pareció muy curioso y se acercó para averiguar lo que pasaba. Cuando se acercó a ellos, oyó que uno de los jardineros decía:

—¡Con más atención, Cinco! ¡No me salpiques así de pintura!

—No es culpa mía —dijo Cinco, en tono dolido—. Siete me dio un golpe en el codo.

Ante este comentario, Siete levantó los ojos y dijo:

—¡Este Cinco! ¡Siempre echando la culpa a los demás!

—¡Sería mejor que cierres esa boca! —dijo Cinco—. ¡Ayer mismo oí decir a la Reina que debían cortarte la cabeza!

—¿Por qué? —preguntó el que había hablado en primer lugar.

—¡No te metas en lo que no te importa! —replicó Siete.

—¡Sí le importa! —protestó Cinco—. Y voy a decírselo: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas.

Al oír esto, Siete arrojó la brocha al suelo y estaba empezando a decir: «¡Oh! De todas las injusticias...» cuando sus ojos se fijaron casualmente en Alicia, que estaba allí observándolos. En el acto se calló. Los otros dos se volvieron también hacia ella, y todos le hicieron una profunda reverencia.